

bajo el régimen constitucional eran repuestos en sus empleos; á los refugiados realistas se les reconocían las funciones ó los grados que, desde el principio de la guerra civil, cada cual había podido atribuirse arbitrariamente; eran anulados todos los actos del gobierno constitucional, las leyes que había dictado, las deudas que había podido contraer tanto en el interior como en el exterior, hasta los empréstitos que durante tres años había cubierto en las principales plazas de Europa; eran declarados indignos é incapacitados para ejercer la menor función bajo el gobierno real, todos los milicianos, todo individuo que hubiese aceptado cualquier empleo ó ascenso bajo el régimen de la Constitución; eran suspendidas las ventas de los bienes nacionales, y reintegrados en sus diezmos y en sus derechos precedentes el clero secular y el clero regular; finalmente, la Regencia colocaba bajo la vigilancia de la policía á todos los individuos que se habían hecho sospechosos de poca fidelidad á la religión y al rey.

Estas medidas constituían al reino en plena bancarrota, desorganizaban todos los servicios públicos y sembraban doquiera la delación, el odio y la más espantosa confusión. Difícilmente podía censurarlas el duque de Angulema, pues no eran más que la aplicación rigurosa de las doctrinas políticas consagradas por la intervención de las tropas francesas. Empezaban para el príncipe las dificultades de aquella guerra; la oposición de sus generales á los excesos de los absolutistas amenazaba convertir en adversarios furiosos de los franceses á los partidarios de la causa realista que el ejército invasor hacía triunfar. Respecto á los constitucionales, el generalísimo no tenía que saldar más que la indigna complicidad de algunos jefes militares, mientras que del lado de los absolutistas tenía que pagar la administración civil y las partidas armadas, á los regentes y á los ministros. Los subsidios ingresados por el Tesoro francés en la caja vacía de la Regencia habían de constituir, durante unos cuantos meses, los únicos recursos financieros del gobierno instituido en nombre de Fernando VII.

El 1.º de junio, seis días después de la entrada del príncipe en Madrid, salieron dos columnas de esta capital en persecución de las tropas que Labisbal había tenido á sus órdenes y que las Cortes acababan de destinar á la defensa de los dos caminos que de Madrid conducen á Sevilla, el uno por la Mancha y el otro por Extremadura. La primera columna, de 7.000 hombres, mandada por el general Bordesouille, tenía que marchar hacia Andalucía por la ruta directa que atraviesa sucesivamente Aranjuez, Ocaña, Madridejos, Bailén, Andújar y Córdoba; la segunda, de 8.000 hombres, al mando del general Bourmont, iba por Talavera de la Reina y Trujillo hacia el corazón de Extremadura, con la misión de dispersar las tropas constitucionales reunidas en aquella provincia é ir después á juntarse en Sevilla con la columna del general Bordesouille.

Mientras estos dos cuerpos de ejército avanzaban paralelamente hacia la rica y populosa ciudad donde residía accidentalmente el gobierno de las Cortes, los condes Bourke y Molitor, relevados en el bloqueo de San Sebastián y de Pamplona por las tropas que mandaba el príncipe de Hohenlohe, marchaban en dos direcciones diferentes, el primero contra Morillo y el segun-

do contra Ballesteros. Por rápida que fuera la persecución de los dos generales franceses, más lo era todavía la marcha de sus adversarios, cuya táctica consistía en cansar al enemigo evitando toda batalla campal. Después de haber obtenido sucesivamente la sumisión de Bilbao, Santander y algunos pequeños puertos de la costa cantábrica, el conde Bourke se dirigió por Burgos hacia la provincia de León, Asturias y Galicia. El 25 de mayo entró sin disparar un tiro en Carrión, el 30 en Sahagún, y el 31 en León. Dos días después ocupó Astorga, y el 9 de junio tomó posesión de Oviedo.

La marcha del general Molitor no era menos fácil ni menos rápida. Partió el 16 de abril de las líneas del bloqueo de Pamplona para ir á ocupar Zaragoza y penetrar luego en Cataluña, á fin de encerrar á las fuerzas españolas encargadas de defender esta región entre su cuerpo de ejército y el del mariscal Moncey; ocupó á Tudela el 21 y entró el 26, al toque de las campanas y en medio de las aclamaciones de los habitantes, en la capital de Aragón. Después de haber dejado en Zaragoza algunos batallones, volvió á pasar el Ebro y marchó por la margen izquierda del río hacia la frontera de Cataluña. El 4 de mayo llegó al Cinca; el 11 ocupó varios pasos sobre el Segre y se puso en comunicación, por Balaguer y Agramunt, con las divisiones del 4.º cuerpo de ejército mandado por Moncey. Pero allí recibió la orden de dirigirse otra vez hacia el Ebro, de pasar á la margen derecha de este río y de ir en persecución de las tropas de Ballesteros, entonces concentradas en Valencia. El 8 de junio, después de tres semanas de penosa marcha, Molitor llegó á Teruel; el 11 estaba en Segorbe, el 12 en Murviedro, y el 13 en Valencia, de donde Ballesteros había salido para retirarse hacia Murcia. El día en que Molitor llegaba á Valencia, Fernando VII y las Cortes salían de Sevilla para ir á buscar en la isla de León un refugio contra las columnas Bordesouille y Bourmont que se aproximaban á la capital andaluza.

La marcha de estos dos generales tenía por principal objeto el sorprender á las Cortes en Sevilla y libertar al rey. Este había llegado allí el 10 de abril; los diputados, que le habían seguido con más lentitud, no se encontraron en número suficiente para deliberar hasta el 23, día en que el ministerio recibió la noticia de que el ejército francés había pasado el Bidasoa. Hasta entonces, el gobierno español se había abstenido de toda declaración que pudiese implicar una provocación directa ó indirecta á la guerra entre ambas naciones. Francia rompía las hostilidades; los ministros de Fernando respondieron á esta agresión con un decreto que llamaba España á las armas y ordenaba á todas las autoridades que combatieran la invasión por tierra y por mar y por todos los medios de que dispusiesen, como lo autorizaba el derecho de gentes. El día siguiente, el coronel San Miguel dió á conocer á las Cortes, en un extenso informe, las numerosas comunicaciones cambiadas entre España, Francia é Inglaterra, para evitar la invasión. Este ministro, después de quejarse de la vaguedad de los despachos del Sr. de Chateaubriand y de la duplicidad de éste, declaraba que las últimas proposiciones transmitidas al gobierno eran absolutamente las mismas que por voto de las Cortes ya se habían rechazado. Dicho informe, en la sesión inme-

diata, fué objeto de un voto de aprobación y sirvió de base á un manifiesto destinado á justificar, á los ojos de Europa, la resistencia de España á la guerra que Francia le hacía. La redacción y la publicación de este documento fueron los últimos actos del coronel San Miguel como miembro del gobierno; rotas las hostilidades, abandonó su cartera para ir á Cataluña á desempeñar su humilde empleo en el ejército, y á defender como soldado la causa que tan enérgicamente había sostenido como ministro.

Los últimos días de abril y todo el mes de mayo fueron empleados por las Cortes en organizar la defensa nacional. Todo español fué autorizado á formar guerrillas ó cuerpos francos en las provincias invadidas por las tropas francesas; los extranjeros fueron admitidos en un cuerpo especial designado bajo el nombre de *legión liberal extranjera*; decretóse un empréstito forzoso de 200 millones de reales, reembolsable con el producto de la venta de los bienes del clero dejados á la libre disposición del gobierno por una bula del papa en 1822; se mandó llevar á las casas de moneda, para ser convertidos en especies, el oro y la plata pertenecientes á los establecimientos públicos, incluso los objetos preciosos de las iglesias que no fuesen indispensables para el culto; finalmente, se declararon secuestrados los bienes de todo español que siguiese la bandera del ejército francés ó formase partidas de facciosos, sin perjuicio de las persecuciones y de las penas dictadas por las leyes. La discusión y aprobación de estas medidas llevaron las Cortes hasta el 9 de junio; el 10, el gobierno supo que el general Bordesouille, contra todos los cálculos de los representantes españoles sobre la marcha y progresos de las tropas francesas, acababa de pasar la Sierra Morena, ocupaba la Carolina y amenazaba á Córdoba, donde no había ninguna fuerza militar para cerrarle el paso. Una vez dueño de esta ciudad y de su puente sobre el Guadalquivir, el general francés podía pasar á la margen izquierda del río, ir por Ecija á colocarse entre Sevilla y el mar y cortar el camino de la isla de León. Al anunciar estos acontecimientos á Fernando, los ministros le hicieron entrever la necesidad de trasladar la residencia del gobierno á Cádiz antes de que fuese interceptado el camino. El rey protestó de pronto; luego dijo que le era indiferente partir, pero que antes de decidirse quería consultar al Consejo de Estado. Este fué de la opinión de los ministros. Fernando alegó luego la salud de la reina, declarando que no saldría de Sevilla.

Ante la resistencia invencible del rey y el peligro que amenazaba al gobierno y á las Cortes, esta Asamblea declaró á Su Majestad en el estado de impedimento moral previsto por el artículo 187 de la Constitución, y nombraron una Regencia provisional, investida, por el tiempo del traslado del gobierno á Cádiz, de la plenitud del poder ejecutivo.

El diputado D. Cayetano Valdés y los consejeros de Estado D. Gabriel de Ciscar y D. Gaspar de Vigot fueron inmediatamente revestidos del título de regentes, y las Cortes se declararon en sesión permanente hasta la partida del rey.

La energía desplegada por Fernando VII en su resistencia no era debida únicamente á la proximidad de las tropas francesas y á la seguridad de su triunfo, sino

que contaba además con el auxilio de un complot que un agente llegado de Madrid acababa de urdir en Sevilla, de acuerdo con un gran número de oficiales de la milicia local que obraba bajo la dirección del coronel inglés Downie, naturalizado español y comandante del Alcázar, residencia de Fernando. Los conjurados habían de libertar al rey; para ello esperaban el momento en que la presencia de cualquier cuerpo de ejército francés en las cercanías de la ciudad permitiese á Fernando y á los conspiradores encontrar en las filas invasoras un fácil y seguro refugio. El general Bordesouille conocía los principales detalles de esta conspiración, y el deseo de asegurar su éxito era uno de los motivos de la rapidez de su marcha. Pero el acuerdo tomado por las Cortes no permitía esperar más tiempo; en la noche del 12, el coronel Downie quiso dar el golpe; Fernando había prometido secundar los esfuerzos de los conspiradores prestándoles un apoyo personal; pero, en vez de presentarse, permaneció cuidadosamente encerrado; el complot abortó. Downie y sus cómplices fueron presos. Al día siguiente, el rey, dejando de oponer toda resistencia, salió de Sevilla con su familia; y el día 13, á las seis de la tarde, desembarcó en Cádiz, donde fué recibido, de orden de los regentes, con repique de campanas y salvas de artillería, es decir, con todos los honores que le hubieran hecho si hubiese disfrutado de la plenitud de su autoridad.

La Regencia, las Cortes, los generales y los funcionarios del gobierno habían salido de Sevilla pocas horas después del rey. Apenas habían pasado las puertas de la ciudad los últimos destacamentos de milicianos y soldados que formaban la escolta de la Asamblea, cuando numerosas turbas de vagabundos, guiados por frailes, se lanzaron á la calle á los gritos de *¡viva la religión!*, *¡viva el rey absoluto!*, *¡viva la santa Inquisición!*, saquearon los buques destinados á transportar por el Guadalquivir los equipajes de los constitucionales que habían marchado por tierra y los archivos de diferentes ministerios; entraron también á saco en las casas de los constitucionales, hiriendo ó matando á sus dueños; durante la noche y toda la mañana del 13, todos los barrios de Sevilla fueron teatro de odiosas escenas de pillaje y de muerte. El desorden había llegado á su colmo, cuando una explosión terrible vino á aumentar el terror general y el número de las víctimas. El antiguo palacio de la Inquisición contenía un almacén de pólvora; una turba de foragidos entró en él; saltó el polvorín y sepultó á 200 personas bajo sus ruinas. Aquella catástrofe suspendió un momento el furor de los más exaltados; creóse un Ayuntamiento interino que se aprovechó del espanto y del cansancio de las turbas para contener al fin el pillaje y la matanza. El día 15, esta nueva autoridad envió á Madrid comisarios encargados de pedir órdenes á la Regencia, mientras otros delegados enviados al encuentro de las tropas francesas fueron á solicitar á los generales Bordesouille y Bourmont que activasen su llegada. El primero continuaba marchando hacia Cádiz; el segundo avanzaba por la carretera de Extremadura, detrás de los restos de las fuerzas de Castel, á quien había reemplazado en el mando el general López Baños. Estas últimas tropas llegaron á Sevilla en la mañana del 16, encontrando las puertas cerradas y la población en armas. López Baños ordenó



el ataque; sus soldados, á pesar de la inferioridad de su número y del fuego de los cañones, forzaron las puertas, batieron el pueblo de calle en calle, de casa en casa, y después de varias horas de encarnizada lucha, se hicieron dueños de la ciudad; vivaquearon en calles y plazas; el general impuso una fuerte contribución de guerra, se hizo entregar la plata que aún quedaba en las iglesias y, al día siguiente, se puso en marcha hacia Cádiz. Mas como los regimientos de Bordesoulle interceptaban ya el camino, López Baños pasó á la derecha del Guadalquivir, ganó la costa y consiguió embarcarse con sus soldados para la isla de León. El 21, el general Bourmont entró por fin en Sevilla, aclamado por el pueblo.

Mientras López Baños salía de Sevilla, el 18 de junio, los diputados, en número de 110, reanudaban sus sesiones en Cádiz, en el mismo edificio que había sido la cuna de la Constitución, es decir, en la iglesia de San Felipe Neri, donde se habían reunido las Cortes de 1812. La Regencia había hecho dimisión de sus poderes el día antes, y Fernando, después de una suspensión de autoridad que había durado cuatro días, se encontraba nuevamente en posesión del ejercicio del poder real. Los acontecimientos se encargaron de justificar la medida extrema empleada para impedir que su persona y el gobierno cayesen en manos de los generales franceses; el 24, cuando los habitantes de Cádiz habían tenido apenas tiempo para acabar de instalar á sus nuevos huéspedes, éstos pudieron ver ondear la bandera francesa, al otro lado de la rada, sobre los muros del Puerto de Santa María, donde acababa de entrar el general Bordesoulle, con quien no tardó en juntarse el general Bourmont. Las fuerzas reunidas á las órdenes de estos dos generales, y que ascendían á 17.000 hombres, bloquearon á Cádiz.

A pesar de la rapidez audaz y del éxito de este movimiento, y á pesar de que el gobierno constitucional se hallaba, por decirlo así, encerrado en un islote en el último confín del reino, la causa de la revolución española distaba mucho entonces de encontrarse desesperada. Cádiz y la isla de León, protegidos por el mar y defendidos por fortificaciones armadas de cerca de 2.000 piezas de artillería, encerraban una guarnición de más de 15.000 hombres, abundantemente provistos de víveres y de municiones, y ninguna otra plaza fuerte de importancia había caído aún en poder de los franceses; Cataluña luchaba con energía; organizábanse en muchos puntos columnas volantes; el general Empeñad, entre otros, hacía correrías hasta cerca de Madrid, y los dos ejércitos mandados por Morillo y Ballesteros, que habían adoptado el sistema de cansar á sus perseguidores sin aceptar el combate, se hallaban aún intactos. Esta situación de la causa constitucional hacía un mes que retenía al duque de Angulema en Madrid. Si, por un lado, las Cortes fiaban el éxito de su causa en las privaciones y fatigas que las marchas forzadas imponían á los soldados franceses, y en la extenuación ó en las enfermedades que vendrían á debilitarlos ó diezmarlos durante los calores de julio y agosto, por otro lado, el generalísimo contaba, para el éxito de su empresa, con los refuerzos que había pedido á Francia, con la ocupación de todas las ciudades importantes y la caída de las plazas fuertes, con el valor é

incansable energía de sus tropas, y, en fin, con las negociaciones entabladas desde hacía mucho tiempo con Ballesteros y Morillo. El príncipe esperaba la conclusión de los convenios particulares que habían de hacer caer las armas de las manos de estos dos generales, para salir de Madrid y marchar en persona sobre Cádiz.

Hemos dicho que el conde Bourke no encontraba oposición alguna en su marcha por Asturias y Galicia. Morillo, encargado de la defensa de estas provincias, se había limitado, hasta últimos de junio, á desorganizar materialmente la resistencia de las poblaciones y de las tropas de su mando; sus soldados, dispersos al azar entre el Ebro y Galicia, estaban abandonados á sí mismos, unos sin equipos, otros sin armas, éstos sin pertrechos de guerra y aquéllos sin provisiones. Resuelto á abandonar la causa de las Cortes, Morillo esperaba, para arrojar la máscara, la ocasión de dar á su defeción una sombra de razón política. El nombramiento de la Regencia encargada del gobierno durante el traslado de Fernando y las Cortes de Sevilla á Cádiz fué el pretexto de que se valió Morillo para anunciar á los habitantes y á las tropas de Galicia y Asturias, en dos proclamas fechadas el 26 de junio en su cuartel general de Lugo, que, cediendo á la indignación causada entre militares y paisanos por las medidas ilegales tomadas por las Cortes en Sevilla, cesaba de reconocer la autoridad y los poderes de esta Asamblea, y confiaba el gobierno de ambas regiones á una junta provisional de cinco miembros, de la cual formaba parte el obispo de Lugo con el título de presidente. Al mismo tiempo envió un oficial á Bourke, rogándole que suspendiese las hostilidades, y que, en el caso de que algún cuerpo de ejército, constitucional ó realista, se negase á someterse á la junta que él acababa de instituir, uniese las tropas francesas con las suyas para reducir los nuevos facciosos á la obediencia.

Quiroga tenía el mando particular de Galicia; la conducta que este general había observado al principio de la revolución le designaba de un modo particular á las venganzas del partido absolutista; turbado por la defeción de su comandante en jefe, y viendo en aquel acto, como en los rápidos progresos de las tropas francesas, la señal de una caída inevitable y próxima, contestó á Morillo acusando recibo de sus órdenes, diciéndole que desaprobaba, como él, las últimas medidas de las Cortes, pero que, resuelto á no abandonar su causa y, sobre todo, á no entrar en tratos con los franceses, le rogaba que le proporcionase los medios de salir de Galicia y embarcarse. Morillo le hizo ofrecer 4.000 reales de los 70.000 que, al decir de él, quedaban en las cajas del ejército. Este auxilio no fué necesario. Pasado el primer instante de abatimiento, Quiroga encontró en la energía de los habitantes y de la guarnición de La Coruña una excitación que le hizo recobrar la resolución y la sangre fría; rompiendo todo lazo de subordinación con su jefe jerárquico, declaró á Morillo destituido de su mando, prendió á sus emisarios, interceptó sus despachos y manifestó á los soldados que dejasen de obedecerle para ponerse á sus órdenes. Abandonado por parte de sus fuerzas, que se unieron á Quiroga, Morillo se quedó con unos 3.000 hombres.

El general Bourke, después de haber llegado á Oviedo, confió á los generales Huber y D'Albignac el cui-

dado de perseguir á varios destacamentos constitucionales mandados por los generales Campillo y Palanca, y que se retiraban hacia Ferrol y La Coruña siguiendo la costa. El mismo se ocupó en completar la sumisión de Asturias, y, terminada esta operación, avanzó hacia Galicia. El convenio hecho entonces con Morillo le abrió aquella región; los dos generales se juntaron el 10 de julio en Lugo. Morillo se encargó de marchar, con los 3.000 hombres que le quedaban, hacia la frontera de Portugal, y de obtener, al Sur de La Coruña, con la ocupación de Orense y Vigo, los mismos resultados que buscaban, al Norte de esta plaza, los generales D'Albignac y Huber. Con los flancos así guardados, el conde Bourke avanzó directamente sobre La Coruña, que bloqueaba, por la parte del mar, una escuadrilla francesa. Su vanguardia se había apoderado ya de los primeros atrincheramientos y sus tiradores llegaban á una de las puertas, cuando apareció de pronto una fuerza de unos 200 hombres que, bajo una bandera tricolor, rechazaron á los invasores, permitiendo á la guarnición que recuperase las posiciones abandonadas. El incidente que acababa de salvar á La Coruña de una sorpresa fué uno de los episodios que marcaron la estancia de los refugiados franceses en España.

El coronel Fabvier, el comandante Carón y las dos compañías de refugiados que habían seguido á estos oficiales superiores en su tentativa sobre el Bidasoa, se retiraron inmediatamente á San Sebastián. Resueltos á no hacer fuego contra sus compatriotas, abandonaron esta plaza al ser bloqueada por los franceses. Decididos á ir á combatir contra las partidas realistas de Galicia, embarcáronse para La Coruña. Pero ante el temor de encontrarse con los barcos de guerra franceses que había en aguas gallegas, el buque español que los conducía se detuvo en Bilbao. El coronel Fabvier y el comandante Carón continuaron su ruta por mar á bordo de un barco inglés; las dos compañías desembarcaron y se dirigieron por la provincia de Santander hacia Lugo, cuartel general del ejército de Galicia. El coronel Fabvier y el comandante Carón llegaron á La Coruña en el momento en que cierto número de refugiados, procedentes de Inglaterra, iban á embarcarse en un buque destinado á desembarcarlos en San Sebastián.

El coronel Fabvier no se había propuesto sino decidir la vuelta del ejército de invasión á París. Después del fracaso de la intentona del Bidasoa, su presencia en España no tenía objeto; embarcóse para Londres, desde donde no tardó en ir á poner su espada al servicio de Grecia, sublevada entonces para recobrar su independencia. Carón quedóse en La Coruña y propuso á los recién llegados ir al encuentro de las dos compañías que en aquel momento marchaban hacia Lugo. Consintieron en ello los refugiados, pero la cuestión de mando convirtiéndose en un motivo de desunión entre carbonarios y antiguos soldados del Imperio. Los unos se quedaron en La Coruña, y los otros marcharon con Carón al encuentro de las dos compañías que venían de Vizcaya y con las cuales se juntaron en Lugo, donde pidieron á Quiroga un pasaporte colectivo para ir á Portugal, atravesar este reino y llegar á Cádiz. Las órdenes necesarias para la marcha de los refugiados hasta la frontera portuguesa fueron inmediatamente

extendidas. Carón y sus compañeros se pusieron en marcha y no tardaron en llegar á Orense, donde se acababan de recibir malas noticias: numerosas partidas de realistas españoles interceptaban la ruta de Portugal, y un movimiento absolutista, provocado por el éxito y la proximidad de las tropas francesas, acababa de estallar al Norte de este reino. Por otra parte, los regimientos del general Bourke continuaban avanzando. Colocados entre la insurrección absolutista portuguesa y los soldados del cuerpo de invasión, los refugiados resolvieron ir á Vigo con la esperanza de embarcarse allí para la isla de León. Pero el puerto estaba vacío; no había en él más que un barco inglés de muy poco tonelaje, capaz solamente para un corto número de pasajeros. Los refugiados que formaban las dos compañías procedentes del Bidasoa no quisieron separarse y determinaron ir al puerto de La Coruña; los demás se embarcaron en el buque inglés. Estos últimos, en número de unos cincuenta, entraron en el Tajo con la intención de hacerse desembarcar en Lisboa é ir de allí á Cádiz por tierra; pero no pudieron bajar en la capital portuguesa, pues el movimiento contrarrevolucionario que les había detenido en Orense acababa de invadir Lisboa y de derribar el trono constitucional de Don Juan VI. Obligados á hacerse nuevamente á la mar, sólo al cabo de veinte días de una travesía llena de sufrimientos y peligros desembarcaron en el puerto inglés de Falmouth.

Mientras tanto, las dos compañías que se habían quedado en Vigo salieron de esta plaza y llegaron á La Coruña, que encontraron en la mayor confusión. La proximidad de las tropas francesas había hecho que se replegasen en la capital gallega el general Quiroga, sus principales oficiales, los constitucionales más comprometidos de Vizcaya, León y Galicia, así como un pequeño número de voluntarios ingleses llegados con brillantes promesas de auxilio, ninguna de las cuales había de realizarse. En vano los refugiados quisieron embarcarse en el acto; no encontraron buque que quisiese embarcarlos. Entonces fué cuando el ruido del tiroteo y la vuelta precipitada de los destacamentos españoles encargados de defender los puestos avanzados de la plaza les enteraron de que las tropas francesas se hallaban á las puertas de la ciudad. Obligados á elegir entre una abstención que les exponía á verse presos, en armas, en una plaza de guerra y fusilados inmediatamente, ó una intervención que podía salvarlos, optaron por esto último; pero resueltos á no obrar sino en un caso extremo, no salieron de la ciudad hasta que los tiradores de la división Bourke se encontraron á las puertas. Ya hemos dicho cuál fué el resultado de su salida. Diez días después, el 25 de julio, lograron al fin que el capitán de una goleta americana los transportase al puerto de Vigo, donde aún flotaba la bandera constitucional. De allí casi todos se embarcaron en un buque inglés que los condujo á Inglaterra. Cuarenta de ellos se habían obstinado en quedarse. Este destacamento, á las órdenes del comandante Gauchis, se propuso otra vez penetrar en Portugal. Llegó á la desembocadura del Miño. Obligado á esperar una barca para pasar el río, fué sorprendido por una numerosa partida de soldados de la Fe, cuyo jefe se comprometió á dejarles en libertad de salir del territorio español, si se resignaban á deponer las armas. Los refugiados accedie-